



Vista interior de la bahía de Chantaboun.

una vela, se aprestan para acometerla al pasar. Nosotros avanzábamos sin recelo y sin que nos diesen cuidado los forbantes, porque no teníamos ninguna mercancía que pudiese escitar su codicia, y por otra parte, estábamos bien armados y en disposición de detener en su camino á los que hubiesen tratado de atacarnos. A las cinco de la tarde fondeamos en la ensenada de una pequeña isla á fin de hacer cocer el arroz para la hora de comer y procurar algun descanso á mis hombres que pasaron la noche anterior en vela. Nos hallábamos á jornada y media de Kampot. Al medio dia zarpamos, y suavemente mecidos por las olas, apenas

hinchidas las velas, anduvimos á remo. Cuando se ha pasado la punta noroeste de la grande isla Koh-Dud que pertenece á Cochinchina, el golpe de vista se hace mas bello, la tierra forma como un marco, y parece que se navega por un lago cercado de orillas redondeadas y verdes. Al este, se extienden las costas y las islas de Cochinchina hasta Kankao; al oeste y al norte las del Cambodge, coronadas de una bella montaña que tiene 900 metros de altura, y que de tal manera recuerda el monte Sabad, que Phrai dijo al piloto: «Nos volveis á Chantaboun, ahí está el monte Sabad.» No pudimos gozar mucho tiempo del



Vista de las islas del golfo, tomada desde el cabo Liout.

soberbio cuadro que se desplegaba á nuestra vista, porque poco despues de nuestra entrada en el golfo, se acumularon encima de la montaña densos nubarrones que por grados la fueron encapotando completamente. Muy pronto se estendieron hasta encima de nuestras cabezas; el trueno retumbaba con estrépito, y un espantoso viento hacia andar de bolina á nuestra barca con la velocidad de un buque de vapor. El mismo piloto tenia asido el timon con su mano temblorosa, y me pedia arack para sostener su ánimo y sus fuerzas. Despues de cosa de media hora de aquel volar desenfadado, las nubes descargaron el agua de que estaban preñadas, pero el viento calmó, y entonces nos hallábamos ya en el cauce del rio que conduce á Kampot. Parece que el dia de nuestra llegada el rey debia revistar los buques que se hallaban en la rada, pero se detuvo por el mal tiempo once horas en una especie de sala levantada de improviso sobre estacas en un sitio poco profundo. En el momento de salir de la aduana, percibimos la comitiva real que se dirigia hácia un grande junco que S. M. hacia construir para su particular comercio, y para tener algo mejor que enviar á Singapore que los malos barquichuelos que hasta entonces habian constituido toda su marina.

El rio que conduce á la ciudad tiene cerca de 150 metros de ancho, pero en su curso es muy limitado, pues nace en la montaña próxima. La principal ventaja que ofrece, consiste en que permite acarrear al mar las magnificas maderas de construccion que abundan en los bosques de sus dos orillas, y de que los chinos no pueden prescindir para la arboladura de sus juncos. Hay continuamente en la rada seis ó siete buques que están cargando, de suerte que se ven sin cesar bajar ó subir por el rio buques chinos ó europeos. Aunque Kampot es actualmente el único puerto de Cambodge, está muy lejos de tener tanto movimiento como el de Bangkok, porque la ciudad se compone á lo mas de trescientas casas y una poblacion con poca diferencia igual á la de Chantaboun. Por otra parte, su pequeño comercio está todo alimentado por la baja Cochinchina, cuyos puertos hasta ahora han estado casi constantemente cerrados á los europeos, de suerte que los buques que allí llegan apenas pueden cargar mas que del arroz que llega por medio de barquichuelos, y casi como de contrabando, de la baja Cochinchina por Itatiana, el *Cancao* de los mapas, ó de otros pequeños puertos de las inmediaciones. Esceptuando algunas toneladas de gutagamba, un poco de marfil, pescado cogido en el gran lago por anamitas, madera

de ebanistería y de construcción que es lo que le da utilidad, y algún algodón, el Cambodge nada suministra al comercio, y me atrevo á afirmar que el día en que se abran á los europeos los pueblos de Anam, los mercaderes chinos establecidos en Kampot abandonarán esta ciudad, á pesar de que aquel distrito, si estuviese mejor gobernado, podría alimentar al comercio de un gran número de productos de que hablaremos más adelante.

Lo que queda de aquel desgraciado país no tardará en caer bajo la dominación de alguna otra potencia. ¿Quién sabe si Francia que tiene en él fijos los ojos se lo anexionará como se está anexionando la Cochinchina?

Los pocos impuestos y gabelas que comparativamente con los siameses pagan los cambodgianos, me hicieron presumir que hallaría á estos viviendo en la abundancia, y fue por lo tanto muy grande mi sorpresa al ver que allí, salvo algunas pocas excepciones, se encuentran todos los vicios, sin ninguna de las cualidades que se encuentran en los demás pueblos vecinos suyos. La miseria, el orgullo, la grosería, la mala fe, la cobardía, la humillación servil y una escésiva pereza, son su patrimonio.

Se ha repetido con frecuencia que no se debe emitir ningún juicio decisivo acerca de un país que no se ha visto más que de paso, pues solo puede ser juzgado por los que han permanecido en él largo tiempo. Admito que en una rápida estación se corre el riesgo de cometer errores; pero repito que yo no hago mención sino de lo que veo, y espongo mis impresiones tales como las he recibido, dejando que otros viajeros más experimentados me desmientan, si estas impresiones ó mis juicios han sido erróneos. Haré notar además que la primera impresión es con frecuencia indeleble, y que yo, no fiándome siempre de mi propio criterio, procuro ilustrarlo con la experiencia de otros.

Hay pocos viajeros en Europa, en América y sin duda en otros puntos del globo, que no hayan tenido motivos de quejarse de la manera con que ejercen sus funciones y á menudo estralimitan sus deberes los empleados ó dependientes de aduanas. Semejantes funcionarios ganan en Europa su pan cotidiano vejando cuanto pueden á los viajeros de ambos sexos; pero en Cambodge, por lo contrario, lo ganan mendigando; son verdaderamente pordioseros oficiales que os dicen: «Os suplico me deis pescado seco, arack y un poco de betel.» Y estad seguro de que sus pesquisas serán tanto más cortas, cuanto mayor sea vuestra generosidad.

Después de haber remontado el hermoso río que debía conducirnos á nuestro objeto por espacio de más de una milla, percibimos una casa cubierta de hojas, que ostentaba el símbolo de la religión cristiana, la

consoladora cruz. Aquella casa no podía ser más que la del abate Hestrest, misionero apostólico de la congregación de las misiones extranjeras. Los que leéis estas líneas, ¿habeis viajado lejos? ¿Os habeis visto por un tiempo más ó menos largo privados de vuestra sociedad habitual? ¿Habeis sido maltratados por la adversidad ó por los hombres? ¿Os habeis alguna vez librado de algún gran peligro? ¿Os habeis hallado ausentes por mucho tiempo de vuestros deudos ó de vuestros amigos? ¿Habeis perdido algún ser adorado? ¿Habeis sufrido? Pues bien, vosotros sabreis lo que puede en el viajero errante lejos de su patria este divino signo de la religión. Para él una cruz es un amigo, un consuelo, un apoyo. A la vista de la cruz el alma entera se dilata, se postra ante ella, ora, olvida. Eso es lo que yo hice.

Tenia para el abate Hestrest cartas de recomendación de varios misioneros de Siam. Hice amarrar la barca delante de su casa y salté á tierra; pero los nueve días de estancamiento forzado á que tuve que someterme habían entumecido mis miembros y apenas podía valerme de ellos, de suerte que andaba con dificultad.

El abate Hestrest me recibió como á un hermano y me ofreció un abrigo en su modesta habitación, mientras buscaba alojamiento en otra parte. La primera noticia que me dió fue que Francia se hallaba en guerra con Austria. Yo ni siquiera sabía que hubiese disensión alguna entre los dos gobiernos. ¡La Italia iba á nacer de aquel conflicto! Apenas hube desembarcado se nos anunció que el rey iba á pasar de vuelta de su excursión. El abate Hestrest me condujo á la orilla del río. El rey, no bien notó que había un extranjero al lado del misionero, mandó á los remeros atracar á la playa, y cuando nos tuvo al alcance de su voz, preguntó al abate:

—¿Quién es el extranjero que está con vos?

—Un francés, señor.

—¡Un francés! replicó el rey con asombro.

Y después, como si dudase de la palabra del misionero, añadió dirigiéndose á mí:

—¿Sois francés?

—Francés, señor, le respondí yo en siamés.

—M. Mouhot viene de París, dijo el abate dando á su respuesta un tono misterioso; pero recientemente ha estado en Siam.

—¿Y qué viene á hacer aquí?

—Le ha traído una misión particular, dijo el abate en tono misterioso, pero que nada tiene de común con la política, pues ha venido únicamente para ver el país, y no tardará en hacer una visita á vuestra magestad.

Después de algunos minutos de silencio de una y otra parte, el rey saludó con la mano y nos dijo:

—Hasta la vista.

La comitiva se alejó.

Temí un instante que me hubiese hecho pasar el abate por un personaje menos humilde de lo que soy realmente, y que por esta razón se me prohibiese entrar en el reino. El solo nombre de Francia inspira un miedo mortal á aquellos pobres reyes. El de Cambodge se figuraba ver todos los días el pabellón francés flotando en la rada. Era un hombre de unos sesenta años, de poca estatura y obeso; llevaba el pelo corto; su fisonomía anunciaba inteligencia, mucha astucia, afabilidad y hasta hombría de bien (1). Estaba muellemente reclinado en la popa de su barco, de construcción europea, sentado en una ancha y mullida almohada; con él en el buque no había más que cuatro remeros y una docena de mujeres jóvenes. Entre ellas noté una, cuyas facciones eran delicadas y hasta distinguidas; usaba un traje que era en parte europeo y en parte anamita, y llevando levantada toda su larga cabellera negra, en cualquier país del mundo hubiera pasado por una hermosa joven. Era, en mi concepto, la favorita del rey; pues no solo estaba mejor vestida y llevaba más joyas que las otras, sino que ocupaba el primer puesto cerca del rey y ponía mucho cuidado en que nada lastimase el cuerpo de su viejo adorador. Las otras mujeres no eran más que muchachas gruesas con cara de tontas, facciones vulgares y dientes ennegrecidos por el uso del arack y del betel. Detrás de la embarcación del rey venían sin orden, y á largas distancias, algunos mandarines que no podía distinguir del vulgo ni por su semblante ni por sus maneras. Llamé mi atención, marchando á la cabeza de la escolta, una barca sola tripulada por chinos y mandada por un grueso personaje de la misma nación, que tenía levantada una especie de alabarda con una media luna. Era el famoso Mun-Suy, el jefe de los piratas y el amigo del rey. Hé aquí las noticias que tengo de semejante personaje:

Como cosa de dos años antes, aquel chino, obligado por sus fechorías, que no se conocen aun bastante, á evadirse de Amoy, su patria, llegó á Kampot con un centenar de aventureros, piratas como él. Después de haber pasado allí algún tiempo, siendo el terror del mundo, arrancando con amenazas cuanto podían á los concurrentes al mercado, concibieron el proyecto de apoderarse de la ciudad, de pasarlo todo á sangre y fuego, y de retirarse en seguida con el fruto de sus rapiñas si no eran bastante fuertes para quedar en posesión del territorio. Pero su complot fue revelado, los cambodgianos fueron llamados de todos los alrededores y se frustró el proyecto. Mun-Suy, temiendo entonces que las cosas tomasen para él un

(1) Después del viaje de M. Mouhot por el Cambodge, dicho rey ha muerto, sucediéndole otro del cual se hará mención más adelante.

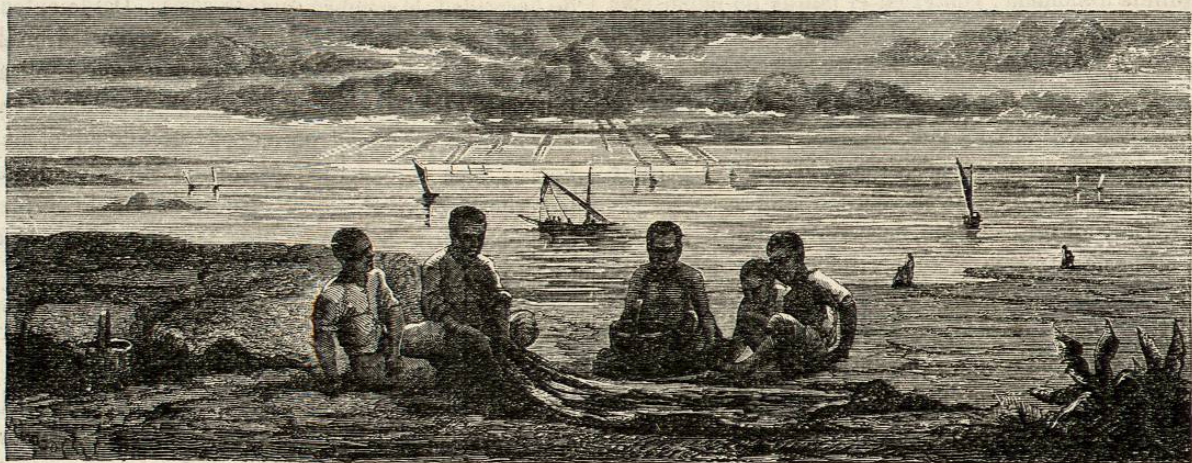
mal giro, se embarcó en su junco con sus cómplices, y cayó de improviso sobre Itatiana. El mercado fue saqueado en un momento; pero los cochinchinos, repletos de su sorpresa, rechazaron á los piratas y les obligaron á reembarcarse después de haberles muerto algunos hombres. Mun-Suy volvió á Kampot, ganó al gobernador de la provincia y después al rey mismo por medio de buenos regalos, y se entregó á actos de piratería tales, que su nombre llegó á ser temido á muchas leguas á la redonda, y esto impunemente. Los países vecinos se quejaron, y el rey, ya fuera por temor, ya por deseo de atraerse á Mun-Suy y ser por él protegido contra los anamitas, en caso de necesidad, le nombró guarda-costas. Desde entonces Mun-Suy obtuvo el nombramiento de ladrón de real orden, y los asesinatos y los robos se multiplicaron hasta el extremo de obligar al rey de Siam á enviar buques á Kampot para apoderarse de aquel malhechor y su escuadrilla; pero solamente dos de los bandidos fueron presos y ejecutados en el acto; en cuanto á Mun-Suy se ocultó, según se dice, en el mismo palacio del rey.

Algunos días después de mi llegada, me instalé en una casa construida por orden y á espensas del rey para alojar á los negociantes europeos que pasan á Kampot. El abate Hestrest me enseñó la ciudad; le mercado, en que casi todos los vendedores son chinos, se componía de cabañas hechas de bambúes y cubiertas de bálago. En ellas se ven espuestos una cantidad de abalorios, de barro y de porcelana china, hachas y cuchillos, quitasoles chinos y otros productos de aquel país y de Europa. Los mercaderes de pescado y de legumbres, y los fondistas chinos al aire libre, se disputan la calle en competencia con los puercos, los perros famélicos y los chinos de todos sexos y edades, tales como fueron criados por la naturaleza, y revolcándose en el fango; con mujeres indígenas de una fealdad repugnante, y chinos de cuerpos descarnados, de ojos avizores y sin brillo, arrastrando penosamente sus sandalias por la tienda del mercader de opio, del barbero ó de alguna casa de juego, tres cosas sin las cuales el chino no puede vivir.

El comercio se halla todo en manos de los chinos, de los cuales se encuentran dos por cada indígena.

El abate Hestrest me presentó en varias casas chinas donde fuimos recibidos con afabilidad y cortesía. El rey aguardaba y contaba con mi visita, pues varias veces envió criados suyos para informarse de si no era realmente un oficial destacado del ejército francés que se hallaba á la sazón en Cochinchina para tomar noticias sobre el país. Supliqué á M. Hestrest que me acompañase á ver á S. M. Subimos por el río cosa de milla y media, y llegamos á Kompong-baie, que es la parte cambodgiana de la ciudad. Allí es donde reside el gobernador de la provincia, y don de se halla

ha eventualmente el rey con su comitiva. Cuando llegamos, S. M. daba audiencia en una casa hecha de bambúes con bastante elegancia y cubierta con tejidos rojos. No hallando al entrar, portero ni criado alguno, nos introdujimos sin hacernos anunciar. S. M. tenia por trono una silla vieja fabricada en Europa. A uno y otro lado, arrastrándose con los codos y las rodillas en tierra, dos oficiales de su casa le ofrecian de cuando en cuando un cigarrillo encendido, arack y betel, del cual tenian siempre una «mascada» á disposicion del soberano. A algunos pasos estaban los



Pescadores de holoturias en el golfo de Siam.

nífico cingulo de oro, cuyo broche estaba todo cuajado de piedras preciosas.

En Cambodge, como en Siam, el que quiere obtener las simpatías del rey ó de los mandarines debe empezar por hacerles regalos. Yo tenia en la mano una escopeta de baston inglesa primorosamente trabajada, con intencion de ofrecérsela á S. M. Fue el primer objeto que llamó su atencion.

—¿Me permitís ver vuestro baston? me dijo en cambodgiano. Yo se lo presenté.

—¿Está cargado? preguntó viendo que era una arma de fuego.

—No señor.

Entonces la amartilló, me pidió un piston y le hizo chasquear; despues examinó el cañon, que era de bala forzada, y fijó su atencion en sus primorosos grabados.

—Si puede ser del agrado de su magestad, dije á M. Hestrest, tendré el gusto de ofrecérsela. El abate tradujo mis palabras.

—¿Cuánto ha costado? dijo el rey.

Y como el abate, por instigacion mia, le diese una respuesta evasiva, me pidió que le enseñase mi reloj. Así lo hice, y cuando lo hubo examinado con aten-

guardias, armados unos de picas adornadas con mechon de cintas blancas y otros de sables con sus correspondientes vainas que blandian con ambas manos. A algunos escalones mas abajo de S. M., se mantenian los ministros y los mandarines en la misma actitud que los *guarda-tazas*. Nosotros al llegar nos sentamos á una señal del rey á un lado, en sillas análogas á la suya que trajo una especie de paje. El rey, lo mismo que sus súbditos, no lleva ordinariamente mas que un languti; el que llevaba entonces era de seda amarilla, sujeto en la cintura por un mag-

cion, me preguntó tambien su precio. Despues de habérselo dicho, el abate le habló de mi intencion de ir á Udong, la capital de Cambodge, y de recorrer el pais.

—Id á Udong, me dijo riendo, está muy bien, paseaos, paseaos.

Despues me preguntó mi nombre, y como tratase de apuntarlo, saqué mi cartera y le presenté una tarjeta. Entonces le entraron tambien deseos de poseer mi cartera, y se la ofrecí inmediatamente.

—Señor, dijo entonces M. Hestrest, pues que M. Mouhot vá á Udong, vuestra majestad se dignará sin duda facilitarle el viaje.

—Con mucho gusto. ¿Cuántos carromatos queréis?

Si hubiese pedido diez, diez hubiera obtenido.

—Tres me bastarán, señor, le respondí.

—¿Y para cuándo?

—Para pasado mañana, señor.

—Tomad nota, y dad vuestras órdenes, dijo el rey á un mandarin secretario. Se levantó, nos dió un apretón de manos, y se dispuso á salir.

Nosotros hicimos lo mismo y regresamos á nuestra fonda. Digo fonda, porque no habia otra morada en

que se pudiesen alojar los extranjeros; y M. de Morigny, cuando pasó por Kampot como ministro plenipotenciario, tuvo que hospedarse allí lo mismo que nosotros, y aun cuando nadie me lo hubiese dicho, lo

habria adivinado sin mas que ver las magnificas inscripciones puestas con carbon en la pared por los marineros de su comitiva, tales como las siguientes:

Fonda del rey y de los embajadores.—Aquí se ad-



Favorita del rey de Cambodge.

miten huéspedes á pie, á caballo y en elefante *gratis pro Deo*.—Buena carne, sofá y mesa para comer... á cielo raso.—Baños de agua de mar... en el rio.—Buena mesa... en el mercado.—Buen vino... en Singapore...

Nada... para la moza de servicio.

## XII.

Formenores ulteriores acerca del Cambodge.—Udong, su capital actual.—Audiencias dadas por el segundo rey, etc.

En la madrugada del dia fijado para mi marcha, y terminados ya todos mis preparativos, el abate Hestrest me vino á buscar para hacerme participar de su modesto almuerzo y conducirme en seguida con un